

que pasar del éxite obtenido por sus libros.
 Pero como ya he tratado poco.
 En dos años escribí cinco volúmenes, can-
 tidad casi insignificante si se tiene en cuenta la
 gran producción de los autores modernos.
 Pero, en mi opinión, la escritura tal vez por sí
 misma es un medio de salud.
 He publicado diversos estudios de arqueología,
 que he puesto prefijos a varios libros antiguos
 y he hecho traducciones de una precisión elegante
 y concisa.
 Sus últimos cuentan que cuando se le
 desee de producir, escribe poesías griegas, in-
 venta nuevas libras, pero ahora para él solo.
 Aunque no produce más, tiene asegurada su
 gloria como artista, y como un maestro de
 la perfección absoluta del estilo y de la armonía
 literaria.
 También inventó una moral, una nueva ma-
 nera de vivir; y aunque esto haya indignado a
 los más, ha provocado en cambio el entusiasmo
 de las minorías selectas.
 Todo renacimiento artístico—dice Henri Al-
 bert en *Le Génie*—encuentra en Grecia su
 mental vivificante de belleza; y si alguien
 busca un remedio a las miserias de su concien-
 cia moderna, hay que indicarle, en *Le Génie*, la
 moral de Demócrito.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Paris - Febrero 1912

PREFACIO

AFRODITA

«Cierta día, Dionisio le presentó tres
 cortesanas, diciéndole que escogiera la
 que más le gustase. Aristipo se reser-
 vó las tres, y para excusarse, dijo que
 París, no por haber preferido una mujer
 á todas había sido más feliz.

»En seguida condujo á las tres jóve-
 nes hasta la puerta y allí las despidió;
 pues tan fácil le era amar como curarse
 del amor.»

DIÓGENES LAERTES (*Vida de Aristipo*)

AFRODITA

«Cierto día Dionisio le presentó tres
cortezas, diciéndole que escogiera la
que más le gustase. Alisipo se tene-
ró las tres, y para escoger, dijo que
Páris no nos había preferido una mujer
á todas había sido más feliz.
«Ez segúnis condujo á las tres tú-
ras hasta la puerta y allí las despidió:
pues tan fácil le era amar como curar
vel amor.»

Dionisio (Vida de Dionisio)

PREFACIO

Las ruinas mismas del mundo griego nos enseñan de qué modo la vida, en nuestro mundo moderno, podría hacérsenos soportable.

RICARDO WÁGNER

El erudito Pródikos de Kéos, que floreció á fines del siglo V antes de nuestra era, es el autor del célebre apólogo que San Basilio recomendaba á las meditaciones cristianas: *Heraklés entre la Virtud y la Voluptuosidad*. Sabemos que Heraklés optó por la primera, lo que le permitió consumir cierto número de grandes crímenes contra las Ciervas, las Amazonas, las Manzanas de Oro y los Gigantes.

Si Pródikos se hubiera limitado á esto, no habría escrito mas que una fábula de un simbolismo bastante fácil; pero era buen filósofo, y su colección de cuentos *Las horas*, dividida en tres partes, presenta las verdades morales en los tres aspectos que ellas requieren, según las tres edades de la vida. Á los niños se complacía en presentarles como ejemplo la elección austera de Heraklés; sin duda narraba á los jóvenes la preferencia voluptuosa de Páris, y presumo que diría, poco más ó menos, á los hombres maduros lo que sigue:

—Odiseo andaba cierto día cazando al pie de las montañas de Delfos, cuando encontró en su senda á dos don-

cellas cogidas de la mano. Una tenía cabellos de violeta, ojos transparentes y labios graves; y le dijo: «Yo soy Areté.» La otra tenía débiles párpados, manos delicadas y senos tiernos; y le dijo: «Yo soy Tryphé.» Y ambas agregaron: «Elige entre nosotras.» Pero el sutil Odyseo repuso sabiamente: «¿Cómo podría elegir? Sois inseparables. Los ojos que han visto pasar á una de vosotras sin la otra no han sorprendido sino una sombra estéril. Así como la virtud sincera no se priva de los goces eternos que la voluptuosidad le depara, así la molicie vendría mal sin cierta grandeza de alma. Os seguiré á las dos; mostradme el camino.» No bien hubo acabado, confundieronse las dos visiones, y conoció Odyseo que había estado hablando con la grande diosa Afrodita.

* * *

El personaje femenino que ocupa el primer lugar en la novela que va á hojearse es una cortesana antigua; pero que el lector se tranquilice: ella no se convertirá.

No será amada por ningún monje, ni por ningún profeta, ni por ningún Dios. Esto, en la literatura actual, es una originalidad.

Será cortesana en la franqueza, el ardor y aun la altivez de todo ser humano que siente vocación para ello y ocupa en la sociedad un puesto libremente escogido; tendrá la ambición de elevarse al más alto lugar, y ni siquiera imaginará que su vida tenga necesidad de excusa ó de misterio. Esto exige una explicación.

Hasta ahora, los escritores modernos que se han dirigido á un público menos avisado que el de las señoritas y el de los jóvenes normalistas, se han valido de una estratagema laboriosa cuya hipocresía me repugna: «He pintado la voluptuosidad tal cual es—dicen—, á fin de exaltar la virtud.» Al frente de una novela cuya intriga se desarrolla en Alejandría, me niego absolutamente á cometer semejante anacronismo.

Para los griegos, el amor con todas sus consecuencias era el sentimiento más virtuoso y más fecundo en grandezas. Nunca le asociaron las ideas de indecencia y deshonestidad que con la doctrina cristiana introdujo la tradición israelita entre nosotros. Herodoto (I, 10) nos dice con toda naturalidad: «En algunos pueblos bárbaros, es un oprobio mostrarse desnudo.» Cuando los griegos ó los latinos querían ultrajar á un hombre que frecuentaba á las muchachas alegres, llamábanle *μοιχος* ó *mæchus*, lo que sólo significa adúltero. El hombre y la mujer que sin estar ligados por ningún lazo social se unían, aunque fuera en público, y fuese cual fuese su juventud, eran considerados como incapaces de hacer daño á nadie y dejados en plena libertad.

Se reconocerá después de esto que la vida de los antiguos no puede ser juzgada según las ideas morales que al presente nos llegan de Ginebra (1).

Por mi parte, he escrito este libro con la misma sencillez que hubiera empleado un ateniense al relatar las mismas aventuras. Deseo que con igual espíritu sea leído.

De juzgar á los antiguos griegos conforme ciertas ideas aceptadas hoy, *ninguna* traducción exacta de sus grandes escritores podría dejarse en manos de un colegial de segunda enseñanza. Si Mounet-Sully representase su papel de Edipo sin supresiones, la representación sería suspendida por la policía. Si Leconte de Lisle no hubiera expurgado, por prudencia, á Theókritos, su versión habría sido decomisada el mismo día que se puso á la venta. ¿Se tiene á Aristófanes por excepcional? Pues nosotros poseemos fragmentos importantes de mil cuatrocientas cuarenta comedias, debidas á ciento treinta y dos poetas griegos, de los que algunos, tales como Alexis, Philétairos, Strattis, Euboúle, Kratinos, nos han dejado

(1) Alusión á la rígida moral de los protestantes ginebrinos.—
Nota del Traductor.

versos admirables, y nadie se atreve todavía á traducir esta colección impúdica y encantadora.

Se cita siempre, con la mira de defender las costumbres griegas, la enseñanza de algunos filósofos que reprendían en aquella época los placeres sensuales. Hay en esto una confusión. Estos raros moralistas reprobaban indistintamente los excesos en todos sentidos, sin que para ellos hubiese diferencia entre los excesos de la cama y los de la mesa. El que, por ejemplo, pide hoy para sí solo una comida de á seis luises en un *restaurant* de París, hubiera sido para ellos tan culpable, y no menos, como el que diese en plena calle una cita demasiado íntima y por este hecho se viese condenado por las leyes vigentes á un año de prisión. Además, estos filósofos austeros eran mirados generalmente por la sociedad antigua como locos enfermos y peligrosos: de ellos se mofaban en todos los escenarios; los molían á golpes en la calle; los tiranos los convertían en bufones de su corte y los ciudadanos libres los desterraban cuando no los creían dignos de sufrir la pena capital.

Es por una superchería consciente y voluntaria que los educadores modernos, desde el Renacimiento hasta la hora presente, han representado la moral antigua como inspiradora de sus estrechas virtudes. Si esta moral fué grande, si merece, en efecto, tomarse por modelo y ser obedecida, es precisamente porque ninguna ha sabido como ella distinguir lo justo de lo injusto de acuerdo con un criterio de belleza, proclamar el derecho que todo el mundo tiene á buscar la felicidad individual dentro de los límites á que le reduce el derecho igual del semejante, y declarar que nada hay más sagrado bajo el sol que el amor físico, ni nada más hermoso que el cuerpo humano.

Tal era la moral del pueblo que edificó la Acrópolis; y si agrego que tal ha seguido siendo la de todos los grandes espíritus, no haré sino repetir una verdad vulgar,

tan probado está que las inteligencias superiores de artistas, escritores, guerreros ú hombres de Estado jamás han tenido por ilícita su majestuosa tolerancia. Aristóteles inicia su vida disipando su patrimonio con mujeres perdidas; Safo da su nombre á un vicio especial; César es el *mæchus calvus*; pero tampoco vemos á Racine guardarse de las muchachas de teatro, ni á Napoleón practicar la abstinencia. Las novelas de Mirabeau, los versos griegos de Chenier, la correspondencia de Diderot y los opúsculos de Montesquieu igualan en osadía á la obra misma de Catulo. Y si se quiere saber con qué máxima el más austero, el más santo, el más laborioso de los autores franceses, Buffón, entendía aconsejar las intrigas sentimentales, hela aquí: «¡Amor! ¿por qué constituyes el estado feliz de todos los seres y la desgracia del hombre?... Es que no hay en esta pasión nada que sea bueno *mas que lo físico*, y lo moral no vale nada.»

* * *

¿De dónde proviene esto? ¿Cómo es que, á través del derrumbamiento de las ideas antiguas, la gran sensualidad griega ha sobrevivido como una aureola sobre las frentes más elevadas?

Es que la sensualidad resulta la condición misteriosa, pero necesaria y creadora, del desenvolvimiento intelectual. Los que no han sentido hasta el último límite los apetitos de la carne, sea para amarlos ó para maldecirlos, son incapaces por lo mismo de comprender toda la extensión de las necesidades del espíritu. De igual modo que la belleza del alma ilumina todo un semblante, así la virilidad del cuerpo fecunda solamente el cerebro. El peor insulto que Delacroix supo dirigir contra los hombres, el que lanzaba indistintamente contra los befordores de Rubens y los detractores de Ingres, era esta terrible palabra: «¡eunucos!»

Más todavía: parece que el genio de los pueblos, así

como el de los individuos, consiste en ser antes que todo sensual. Todas las ciudades que han reinado sobre el mundo, Babilonia, Alejandría, Atenas, Roma, Venecia, París, han sido, por ley general, tanto más licenciosas cuanto más poderosas, como si la disolución fuese necesaria para su esplendor. Las ciudades en que el legislador ha pretendido implantar una virtud artificial, estrecha é improductiva, se han visto condenadas desde su primer día á la muerte total. Tal pasó con Lacedemonia, que, en medio del más prodigioso impulso que haya jamás elevado al alma humana, entre Corinto y Alejandría, entre Siracusa y Mileto, no nos ha dejado ni un poeta, ni un pintor, ni un filósofo, ni un historiador, ni un sabio, sino apenas el renombre popular de una especie de Bobillot (1) que se hizo matar con trescientos hombres en un desfiladero de montañas sin vencer siquiera. Y débese á esto el que después de dos mil años, midiendo la infinita pequeñez de la virtud espartana, podamos, según la exhortación de Renán, «maldecir el suelo donde fué ésta maestra de errores sombríos, é insultarla porque ya no existe».

* * *

¿Veremos tornar alguna vez los días de Éfeso y de Cyrene? ¡Ay! El mundo moderno sucumbe bajo una invasión de fealdad. Las civilizaciones se remontan hacia el Norte, entran en la bruma, en el frío, en el lodo. ¡Qué noche! Un pueblo vestido de negro circula por las calles infectas. ¿En qué piensa? Se ignora; pero nuestros veinticinco años se estremecen de vivir desterrados entre viejos.

Á lo menos, que les sea permitido á los que lamenta-

(1) Alusión á Leonidas. Bobillot fué un joven sargento francés de la infantería colonial que se hizo matar heroicamente en el Tonkin, al frente de un pequeño grupo, antes que rendirse al enemigo.—Nota del Traductor.

rán por siempre no haber conocido la juventud embriagada de la tierra, que llamamos vida antigua, que les sea permitido renacer, por medio de una ilusión fecunda, en los tiempos en que la desnudez humana—forma la más perfecta que nos sea dable conocer y aun concebir, ya que á imagen de Dios la suponemos—podía mostrarse bajo los contornos de una cortesana sagrada, ante los veinte mil peregrinos que cubrieron las playas de Eleusis; tiempos en que el amor más sensual, el divino amor de que nacimos, era sin mancha, sin bochorno y sin pecado. Que les sea permitido olvidar diez y ocho siglos bárbaros, hipócritas y deformes, remontar de la charca al manantial, regresar piadosamente á la belleza primitiva, reedificar el Gran Templo al son de las flautas encantadas y consagrar con entusiasmo en los altares de la verdadera fe sus corazones siempre arrebatados por la inmortal Afrodita.

PIERRE LOUYS